

La noche de los cuervos ciegos

(Fragmento)

Andrés Reynaldo

III

América,

en las noches sin neblina buscábamos tu antorcha como una
[joven estrella entre las barcas.

Tú nos dabas las canciones.

Leche y miel.

La velocidad, los bonos municipales con garantía federal,
[el rey que murió en Memphis,
el solitario esfuerzo, la insaciable pradera donde irlandeses
[y noruegos, (gente de

mar como nosotros) levantaron el granero y la cruz;
podía oírse a cien leguas el trote de un jinete.

Sólo de ti esperábamos un hogar.

El aullido de las sirenas nos arrancaba de la cama
(al otro día nadie preguntó por el vecino)

y el polvo de la aniquilación nos mordía los ojos,

pero tú sostenías la ilusión del mantel limpio

y el derecho a guardar una escopeta en el desván.

Éramos tu secreta tribu.

«Cuéntanos de América»,

pedíamos al forastero

y servíamos el vino en lentos vasos

y las mujeres corrían las cortinas.

Había disputas por la vacía caja de cigarrillos.

MADE IN USA

Nueve letras luminosas en el fondo de una gaveta.

Norte siempre la brújula.

Redimidos en ti,

cuando caía en nuestras manos una ajada revista con la

[saga de tus debates constitucionales,
o escuchábamos, a través del océano de estática, la rasgada voz
[de Ulises: «Apolo a Houston, vamos de regreso a casa».

Inmediato,

El estribillo de Pepsi.

¿Por qué nos dieron otra patria?

El niño que dormía con la insignia de sheriff bajo la almohada
habló a sus hijos de los trenes de quinientos vagones que horadan

[los picachos,
los almacenes con precios para todos,

*Demoran en apagarse bajo los párpados el discolo arcoiris
[de las patrullas, un pequeño
cuerpo, obscenos juguetes. Desgajados de su trascendencia,
[el hombre ordinario se
hace extraordinario por omisión.*

*Dostoievski revisado:
se trata, esta vez, de sacar a Dios de sus casillas,
¿Han llegado ya los reporteros?
Un empleado de correos carga con el revólver a la fiesta de
[su jubilación.*

*Cuarenta años de ejemplar servicio
y la masacre ocupa un horario estelar.
Yo sé por qué no respondió la operadora automática.
911*

*Aterrado en mi nulidad,
vago entre depósitos de basura y rascacielos posmodernistas
con la furiosa certidumbre de que debo huir, discretamente,
[sin conocimiento de las autoridades.*

*Nueve:
Infierno y muerte.
Once:
Desmesura.
Arena soy otra vez.
Echo doble cerrojo
y leo en penumbra viejas fotos.
Tocan a la puerta los vendedores de alfombra, damas de
[una asociación vecinal, extraviados fumigadores.
¿Está usted haciendo las maletas?
Ah del soñador que recibe su cetro a la intemperie.
Para él cuatro veces cuatro no significa plenitud
y elevan su letanía los pescadores bretones:
«Bendito Dios,
sé bueno conmigo,
el mar es tan grande
y tan pequeña mi barca».
Somos libres porque nadie nos reconoce.
En una tienda de segunda mano dejamos nuestra piel.*